

El viaje iniciático en *Cuatro años a bordo de mí mismo*

Carolina Amaya¹

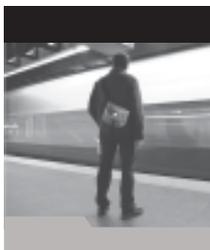
Médica de la Universidad del Rosario y magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Directora científica del Centro de Estudios Médicos Interculturales



La obra de Eduardo Zalamea Borda (Bogotá 1907-1963), *Cuatro años a bordo de mí mismo* (*Diario de los 5 sentidos*), fue escrita entre 1930 y 1932 y publicada en

1934. Esta fue la única novela de Zalamea, pese a que escribió una segunda cuyos originales se quemaron en un incendio en septiembre de 1952. El autor, sin embargo, fue un activo propulsor de las letras nacionales y uno de los columnistas más lúcidos que ha tenido el periodismo colombiano.

¹ Investigadora del Grupo de Estudios en Sistemas Tradicionales de Salud de la facultad de Medicina de la Universidad del Rosario. Desde hace más de 10 años acompaña a pueblos indígenas del piedemonte amazónico y del Vaupés en el estudio, recuperación y fortalecimiento de los sistemas tradicionales de conocimiento, soporte conceptual de sus sistemas médicos tradicionales. En el marco de este trabajo de acompañamiento, la profundización en la multidisciplinaria ha sido la regla y, en particular, la formulación de un modelo de interpretación, la hermenéutica antropológica, que ha dado frutos no solamente en el campo de la interpretación de símbolos de los sistemas médicos sino en el acercamiento de estos sistemas a la literatura y a la tradición oral. El presente ejercicio se ha extractado de la monografía de grado presentada para acceder al título de magíster en literatura, en 2001. Su trabajo de investigación ha sido presentado en diversos seminarios y simposios nacionales e internacionales.



La obra de Zalamea ha sido calificada por la crítica como novela de la tierra, novela urbana, denuncia social, crónica de viaje, monólogo interior. Ante la dificultad para caracterizar esta novela, se ha llegado a proponer nociones tan novedosas como la del neonómada vectorial, el viajero que se convierte en vector en un espacio que se transforma, fundiendo en uno solo al narrador viajero con el narrador autor en una especie de *work in progress* o *action writing*, un ejercicio de escritura en estado alterado de conciencia en el que la escritura se constituye en el ritual que posibilita la salida del cuerpo del escritor para ser el otro, el viajero en la Guajira (Mendoza: 1998).

Pese al aislamiento cultural de la Colombia de la década de 1930, hay noticias ciertas de que Zalamea Borda tenía un estrecho contacto con las vanguardias como manifestación primera del desplome del Proyecto de la Modernidad y con los planteamientos de la Teoría de la relatividad y los primeros postulados de la Física cuántica que comenzaban a socavar los cimientos del método científico. De hecho, no se puede negar la fuerte influencia que ejerció sobre el autor la novela *Ulises*, de James Joyce, de la cual Zalamea tomó sus seudónimos: *Ulises*, *Bloom* y *Dedalus*. Y es posiblemente este contacto el que condiciona la rebeldía que se manifiesta en las páginas de la novela. Pero la rebeldía no es solamente contra la sociedad bogotana conservadora e hipócrita (al decir del protagonista en la misma novela), sino también contra la cultura de la industrialización que se ha generalizado en el ámbito mundial. La novela propone una novedad dentro del contexto histórico y social en que fue escrita. En una época dominada, como todavía hoy, por el pensamiento científico, por un lado, y por las ataduras morales por otro, se constituye en una verdadera ruptura de esquemas mentales y éticos que la hacen merecedora de particular atención.

No sobra recordar un hecho ya conocido pero de primordial importancia para el análisis de la novela: el autor en efecto realizó, siendo muy joven, un viaje a la Guajira, donde vivió entre 1922 y 1928, luego de un intento de suicidio en Barranquilla (Acevedo, párrf. 1). En 1930, Alberto Lleras Camargo, director del periódico *La Tarde*, le solicitó a Zalamea Borda que escribiera la crónica de su viaje. Este es el comienzo de la novela, publicada inicialmente como crónica en doce entregas entre mayo y junio de 1930, pero que después fue transformada en novela tras introducirle cambios que desviaron el sentido autobiográfico para subrayar «su desdén sin concesiones por las normas del decoro» (Jaramillo 372).

Como ya se mencionó, se ha tratado de ubicar esta novela en un punto intermedio entre novela de la tierra y novela urbana; sobre todo, ha sido calificada como crónica de viaje. De hecho, el presente análisis quiere verla, en efecto, como una crónica de un viaje, pero de un viaje diferente. Para tal fin se propone una clasificación de la literatura de viajes que introduce una nueva categoría dentro de las ya conocidas hasta ahora: el

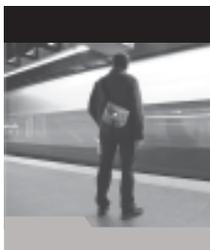
la novela de Zalamea puede ser leída como el relato de un viaje iniciático, pero no sólo como una enumeración de recuerdos sino como una verdadera conmemoración que se actualiza en el momento mismo de escribir la obra.

relato de un viaje iniciático, entendido como transportación, transporte a otra realidad o, en últimas, trance, y que tiene como objetivo servir de verdadero rito de paso en momentos cruciales de la vida de los individuos.

Simbolismo de la iniciación

Según lo anterior, la novela de Zalamea puede ser leída como el relato de un viaje iniciático, pero no sólo como una enumeración de recuerdos sino como una verdadera conmemoración que se actualiza en el momento mismo de escribir la obra. La alusión permanente a los sentidos como hilo conductor de la trama induce a pensar que el personaje pudo haber tenido una experiencia de viaje más compleja que el simple andar por tierras desconocidas, y con resonancias más profundas para su vida. Más aún, algunas situaciones le permiten al protagonista traspasar la conciencia ordinaria y abrir otras rutas cognoscitivas, por lo menos en forma parcial, otorgándole nuevos conocimientos que lo capacitan, como a cualquier héroe mítico, a retornar transformado a su mundo cotidiano. Complementando la propuesta de Mendoza, me atrevo a sugerir que el autor de la novela actualiza en el ritual de la escritura las experiencias no ordinarias a las que se vio sometido durante su viaje iniciático, propiciando, no un fundirse de dos narradores -el narrador autor y el narrador protagonista-, sino una conmemoración ritual que trae al presente la energía de acontecimientos pasados.

Valdría la pena, sin embargo, establecer las distinciones entre el rito de iniciación propiamente dicho, la iniciación a un camino de conocimiento y el viaje iniciático. El viaje iniciático, aunque se presenta de manera consistente en las iniciaciones chamánicas y místicas, puede presentarse en otro contexto menos especializado. Vale decir, el chamanismo o el misticismo exigen entrenamientos que se extienden más allá de la iniciación durante muchos años y tienen fines específicos de manejo continuo de la espiritualidad de la comunidad. El viaje iniciático se relaciona más con la



aventura del héroe mitológico, generalmente un héroe civilizador que tiene como función traer a su comunidad una enseñanza particular que la transformará; ahí termina su compromiso. Por supuesto, el nacimiento a la espiritualidad le otorga a este héroe herramientas para destacarse en su comunidad mientras viva, pero no ya con una función específica de guía en el tránsito entre este mundo y el mundo espiritual. Campbell explica suficientemente esta categoría: El camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: *separación-iniciación-retorno*, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito (35).

La segunda parte del monomito, la iniciación, tiene la misma estructura de todas las iniciaciones –místicas, chamánicas o simplemente de paso– se acoge al mismo esquema: después de la segregación (o separación), el trance permite el ingreso a una fuente de poder, el héroe debe someterse a pruebas (el sufrimiento), en las que recibe ayuda mágica de parte de los ayudantes (el guía, los ángeles, los espíritus de los animales, etc.), se enfrenta al monstruo, es engullido por éste (la muerte) y gana la batalla. El triunfo puede ser representado por la unión sexual con la diosa madre del mundo (el llamado matrimonio sagrado) así como por la reconciliación con el padre, lo que necesariamente supone reconocer su pequeñez e insignificancia y la necesidad de acogerse a su abrazo protector (resurrección y aprendizaje). Por último, el regreso exige la transmisión de lo aprendido durante el viaje.

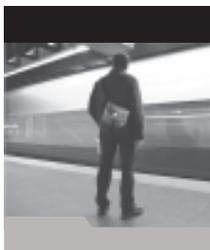
Esquema de interpretación

Se propone el siguiente esquema de análisis con el fin de identificar los símbolos, organizarlos según su función en la obra y sistematizarlos para su interpretación:

- Señalamiento o llamada: representa la elección del candidato a la iniciación, puede ser por vocación espontánea, transmisión hereditaria, voluntad del clan, enfermedad, crisis existencial, señal natural o simplemente por haber alcanzado una edad determinada.
- Segregación: consiste en la reclusión de los iniciados lejos del entorno familiar, en particular del materno, para simular una muerte y propiciar un nuevo nacimiento. Se representa por el aislamiento en la espesura, en una choza, por el vientre de un monstruo o por el regreso a la Madre Tierra. De todos modos exige la elección de un espacio sagrado que permita la comunicación con las instancias de la realidad sobrenatural.
- Trance: condición de todos los caminos de conocimiento, es ingresar a una realidad paralela en la que es posible conocer el mundo espiritual, lo que permite entender la posición del iniciado frente a su entorno y a la divinidad. La función principal del trance es la aprehensión de lo sagrado, ante lo cual el iniciado acepta dar muerte a una forma profana

de ser en el mundo y se abre para un nuevo nacimiento como ser espiritual. El medio más utilizado para inducir el trance es la ingesta de plantas de poder. Sin embargo, en los rituales de paso son más frecuentes los medios endógenos de inducción del trance: ayunos, bailes, música, oscuridad, mortificaciones, ejercicios de respiración, etc.

- Sufrimiento: las pruebas iniciáticas están representadas por diferentes maneras de enfrentar el sufrimiento, desde el dolor físico hasta la comprensión de los pecados y de la pequeñez en el mundo y la posterior subordinación al poder de fuerzas superiores. La primera prueba a superar es el miedo; sin embargo, el verdadero motor de transformación es el dolor; por eso, se constituyen casi todos los rituales de iniciación en procesos terapéuticos integrales.
- Muerte: la muerte se puede experimentar de manera simbólica, como en los rituales de paso, o *realmente*, como en los trances en los que la experiencia es vivida como verdadera, con un viaje al infierno, con la percepción de un enterramiento o la sensación del despedazamiento del cuerpo. Es necesario recordar la diferencia entre alucinación y trance, para entender que es posible experimentar la conciencia no ordinaria, no como una sucesión de imágenes desordenadas sino como una percepción diferente de la realidad cotidiana. En general, se experimenta la muerte a formas inadecuadas de vida y las elaboraciones racionales tienden a la comprensión de las mismas y a su sanación.
- Resurrección: la comprensión de lo sagrado, del lugar que ha de ocupar el individuo en el mundo y en la sociedad, de los caminos a seguir como nuevo ser espiritual, permiten al iniciado un nuevo nacimiento con todas las potencialidades de lo aprendido durante el trance o durante toda la iniciación. Esta resurrección también puede ser simbólica, mediante la investidura con el nuevo vestido, la inmersión en las aguas purificadoras, la asignación de un nuevo nombre, o bien, puede ser experimentada como *real* mediante la experiencia de un nuevo parto, desde la perspectiva de la realidad no ordinaria.
- Aprendizaje: ya sea que se instruya sobre las obligaciones del nuevo estado, sobre la caza, sobre la sexualidad, ya sea que se aprendan técnicas para conocer desde el mundo del espíritu, o bien que se reconozcan las enfermedades –de cuerpo y de alma– y se aprendan a curar, el aprendizaje de un *secreto*, en el caso de los rituales de paso y de ingreso a sociedades secretas, o de una nueva forma de vivir, en las iniciaciones a caminos de conocimiento, se constituye en la razón de ser primordial de toda iniciación.
- Retorno: esta es la prueba más importante a superar: después de conocer el mundo de lo sagrado, el iniciado debe regresar para compartir con su comunidad lo que ha aprendido, tanto si es para preservar un orden establecido como para introducir modificaciones que se constituyen en revoluciones civilizadoras.



A continuación se presenta el esquema de interpretación desarrollado para la obra de Zalamea Borda. Las páginas entre paréntesis corresponden a las citas en la obra que justifican los argumentos.

Señalamiento. El muchacho de la novela recibe un llamado en la forma de una crisis existencial, emprende un viaje a tierras lejanas y desconocidas dejando atrás sus seguridades de hijo de familia, se aleja de todos aquellos valores que habían condicionado su vida hasta entonces y se acomoda a una nueva vida entre gentes de otras razas y costumbres, conoce otros valores que lo confrontan con los de su sociedad de procedencia, se ve sometido a situaciones extremas, físicas y emocionales, y vuelve con los conocimientos adquiridos a reinsertarse en su vida cotidiana, probablemente para ponerlos al servicio de los demás miembros de la sociedad.

La historia está narrada en primera persona por su protagonista, quien desde el comienzo se describe a sí mismo como un muchacho que se aburría en su ciudad y por eso decide salir de allí. Sin embargo, a lo largo de la obra plantea sus reparos contra la ciudad que ha dejado, pero sobre todo contra sus habitantes y sus valores (Zalamea 19, 20, 237)².

La rebelión contra los valores de su cultura conduce al muchacho a buscar *algo*, que termina siendo su iniciación. La rebeldía o la inconformidad son aquí equivalentes a la enfermedad, a la catástrofe natural o al designio hereditario de las antiguas culturas chamánicas como razón para ser aceptado como iniciado, pero como ya se decía, es la marca del inicio del camino del héroe.

Segregación. En el contexto chamánico, el viaje iniciático, mediado por el trance, implica una transportación a un mundo ajeno y extraño al cotidiano de la conciencia ordinaria. Las descripciones hablan de un mundo sobrenatural o de carácter espiritual. Sin embargo, lo difícil del viaje iniciático no es la clase de mundo al que se accede, sino descubrir que hay otros mundos distintos del propio. Se debe, por lo tanto, entender que la Guajira, ese mundo tan distinto del que conocía el protagonista, se convierte en el lugar por el que viajará el iniciado. No sólo es un mundo distinto desde el punto de vista geográfico, por su clima, paisaje, diversidad biológica, sino también desde el punto de vista cultural, por sus costumbres, razas, vocablos y formas cotidianas de sobrevivir y explicar la realidad de estar vivos: «Vamos a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos» (49).

Es el autor quien propone la palabra «salvaje», término que se asimila al arcaico mundo del chamanismo. El blanco de la sal, el azul del cielo, el verde del mar, el calor incesante o la forma de vivir el matrimonio, la

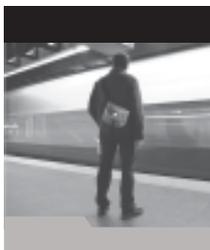
² Las citas corresponden a la edición de Seix Barral de 1997. Se ofrecen entre paréntesis las páginas en donde se encuentran los textos que ilustran los argumentos expuestos en este trabajo.

posibilidad del lesbianismo, la alimentación sujeta a la escasez, la ligereza de los vestidos, el cambio de reglas en las expresiones cotidianas son, pues, el escenario nuevo que enfrenta el personaje. Toda la obra, por lo distinto del escenario, puede leerse como la incursión en un universo sobrenatural. La sorpresa por lo sobrenatural no reside en que sea sobrenatural: simplemente en que es distinto, misterioso y desconocido para el que ingresa.

Trance. No obstante, para hablar de viaje iniciático no es suficiente demostrar que se ingresa a un mundo distinto y extraño. En el esquema chamánico, el viaje se enmarca en el contexto de un verdadero trance. Este trance puede ser provocado de manera endógena o exógena. Para el caso de la iniciación exógena, las únicas sustancias presentes en la obra son el alcohol y el tabaco³ y el protagonista en varias ocasiones describe los momentos en los que está sujeto al efecto del licor. Por ejemplo, en el capítulo cuarto describe un despertar, después de haber ingerido ginebra durante toda la noche con el capitán en Cartagena: «Estoy en uno de esos momentos de despertar, de transición entre el sueño y la vigilia, en uno de esos momentos geniales en que vemos lo oculto de la vida, el insospechado detalle, la línea perdida de todas las cosas. Se iluminan aspectos que siempre estuvieron ocultos» (47).

Esta es una elocuente descripción de un trance bajo el efecto de sustancias exógenas. Sin embargo, también aparecen, durante el texto, numerosas alusiones a experiencias de trance producidas en forma endógena:

- La blancura de la sal, una blancura que hace soñar, una blancura que lleva al mundo embrionario, el simbolismo por excelencia del retorno al nacimiento (132, 285).
- El calor, que se asocia al difícil mundo del sueño y finalmente al lúdico mundo del deseo (23).
- La oscuridad y la noche que «se ha hecho negra, como una nube sobre la luz de un puerto. Y es a esta hora cuando comienza a germinar en mi cerebro la semilla del pensamiento» (255). La mayoría de los rituales iniciáticos se realizan durante la noche, cuando los sentidos están apagados y queda encendida la ruta para incursionar en el extraño mundo interior.
- El tedio tiene como punto de partida el tiempo, más lento, más pesado. Tiempo y espacio se entremezclan en una sola realidad, como ocurre en el trance (14, 323).
- La memoria: el efecto final más importante de todos estos detonantes del trance (endógeno y exógeno) consiste en un permanente trabajo sobre la memoria. El protagonista conserva la conciencia de sí (característica diferencial del trance frente a la alucinación) y evoca en forma repetitiva su antiguo estado, aquel que vivía antes de comenzar su viaje iniciático y que le recuerda quién es y de dónde viene. No en



vano el segundo capítulo tiene como título «Hacia mi ciudad por el recuerdo» (21, 60, 66, 94, 95, 259, 335). La memoria, un código olvidado, se constituye en una herramienta fundamental del trance iniciático. Para el conocimiento, en este contexto, memoria es evocación, rememoración, reconciliación, comunicación, apertura de todo el ser y visita no sólo al pasado sino también al último escalón del futuro: la muerte que, como se verá, es el preámbulo de la transformación que produce el viaje.

Sufrimiento. El viaje iniciático, por supuesto, no escapa de la estructura fundamental de todo comportamiento mítico. La tríada sufrimiento, muerte y resurrección rituales se constituyen en la tríada del camino a recorrer (Eliade *El chamanismo* 43). En efecto, la obra de Zalamea describe reiteradamente los momentos de sufrimiento por los que el protagonista pasa: ayuno (325, 326, 326-27, 329, 335), trabajo (281-282), vigilia (270); la soledad (23, 125-126, 255) contribuyen con la segregación necesaria para hacer conciencia de la futilidad de la vida que se ha llevado hasta el momento y de la necesidad de morir a esa forma profana para nacer a una vida espiritual. En varios momentos de la novela el personaje describe sus sentimientos de soledad y recoge las nociones de dolor, memoria y muerte. El sufrimiento ha cumplido su misión, sólo queda la muerte iniciática.

Muerte. Ya se ha transitado un largo camino de iniciación; una crisis, una rebelión, un viaje, un constante fluir de trances y cambios de conciencia, un sufrimiento, difícil, doloroso, paradójico. Solo queda la muerte. El protagonista, durante su viaje, se ve en numerosas ocasiones enfrentado a la muerte de otras personas. Se convierte, en cierto modo, en testigo privilegiado de la muerte. Y no es un testigo mudo, objetivo, puesto que el ver morir a otros produce en él sentimientos y pensamientos que, en cierto modo, sirven para prepararlo para su propia muerte (107-109), para reconocer por fin que el duro mundo de la muerte también puede tocarlo; que también él puede morir (308).

Finalmente, llega la muerte, la experimenta y la describe:

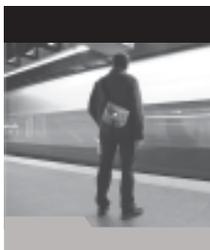
Voy a morir y por eso viene a despedirse de mí... Para que no me vaya tan solo... Para que lleve en el recuerdo esas palabras... No es la voz de mi madre, no. Sería más lejana, menos segura. Es la voz de ella... Ella...? Ella...? Sí, la de Ella, que tiene color de futuro pasado. Luz de mañana, ella que ya quiere que me vaya con ella antes de llegar. Ella y la muerte... Ella... La muerte. Ellamuerte... Muertella... ertella... tella... ella... aaa... a... (335).

Ahora bien, uno de los premios que recibe el héroe en su enfrentamiento con la muerte es el del matrimonio sagrado con la diosa-madre tierra. Generalmente este matrimonio se da en el mundo de los muertos, antes de regresar al de los vivos, tal vez como símbolo del caos primigenio en el

Ese muchacho bogotano que viajó a la Guajira en 1923, o dicho de otra manera, ese escritor bogotano de principios del siglo, ha regresado de un auténtico viaje iniciático. Vuelve a su mundo cotidiano y ahora quiere enseñar sobre la renovación de la vida. El resultado es esta obra, un bello texto titulado *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

que se confunden muerte y promesa de renacimiento. Es la hierogamia en la que un mortal se une a una divinidad para renovar las energías de la tierra. El protagonista de la novela ve crecer su deseo de mujer, sus sentidos aguzados buscan la sexualidad en cada una de las mujeres que conoce durante el viaje. Solamente le es dado tener una relación significativa con Kuhmare, una bella indígena que él mismo describe como materialización de una mujer (madre) telúrica y marítima a la vez (143). Por otra parte, afirma Durand en sus *Estructuras antropológicas del imaginario*, a propósito del *descenso* como uno de los gestos del régimen nocturno de la imagen, que plantea un isomorfismo muerte-tumba-morada-matriz-madre(*mater*)-materia-tierra-cámaranupcial-cuna: «Es el abismo feminizado y maternal el que, para numerosas culturas, es el arquetipo del descenso y de retorno a las fuentes originales de la felicidad» (214). Dice Zalamea por boca de su protagonista, en una clara alusión al abismo y a los sentimientos paradójicos de temor y felicidad: «Yo estaba a la orilla de su cuerpo, al borde sediento de su boca, frente al doble peligro de sus ojos y de sus brazos» (142).

Resurrección. Aunque las secuencias de la crisis, los trances, los sufrimientos y la muerte aparecen intercaladas a lo largo de la obra, la resurrección ritual, última etapa de la iniciación (aunque no del viaje iniciático), está descrita al término del libro (339-340). Ahora Zalamea, con una cruda poesía, se atreve a describir la resurrección: una nueva vida, promesas y esperanza. Ya no hay hambre. El sol, el mar y el paisaje



son hermosos. Un nuevo estado de pureza y un reconocido sentimiento de gratitud. Resurrección y renacimiento, las dos caras de una misma moneda y el final de un largo viaje iniciático.

Aprendizaje. ¿Y quién es ese recién nacido? ¿Qué ha ocurrido con el muchacho bogotano, frágil y perezoso? ¿Para qué sirvió recorrer ese arduo camino iniciático? Del odio que expresa al principio de su viaje: «Odio a todos los hombres y a todas las cosas» (48); «los odio, sobre todo a este negro hipócrita» (13), emerge un nuevo y opuesto sentimiento: «cómo agradezco ese espontáneo abrazo que me ha dado Pablo! Parece que fuera la cadena que ha de atarme a esta tierra!» (99); «y esa confianza mutua anudaba con lazos fuertes y seguros nuestra amistad» (128). Del ocioso muchacho: «Y, sin embargo, me fascina la inercia, me place la molicie, soy perezoso» (19), se reconoce a otra persona, aunque también sea la misma: «Ahora empezaba una vida distinta. Una vida que tenía ya un objeto. Trabajar y vivir. El trabajo me ha llenado siempre de un inmenso vigor espiritual y físico» (131). Del hombre lleno de prejuicios: «Cierro la puerta sobre su rostro, como si quisiera romperla sobre su pecado. [. . .] Qué hago? Le digo a Víctor?» (236), renace un hombre nuevo, un verdadero ser humano: «Puede ser inmoral, pero, en estos momentos no me importa la moral. Es mejor ser humano, profundamente humano —y humanidad es comprensión, bondad, sacrificio—, que ser moral, ceñido a todas las reglas y a todos los prejuicios sujeto» (237).

Tal vez, para terminar, es mejor dejar que sea el mismo muchacho quien describa su transformación, como puede leerse en las últimas páginas de su libro:

Aquí está la civilización que ya no conozco. La civilización con sus mecánicos vuelos, con sus alas, con sus ruedas. Aquí está la vida hipócrita y cubierta y escondida tras la educación y los prejuicios [. . .]. Allí estaba la vida verdadera, dura y desnuda como una piedra. Allí estaban las mujeres desnudas, los hombres francos, los peligros simples y con los dientes descubiertos. Aquí está todo velado, escondido, falsificado.

Y mi voz me pregunta: qué has hecho, tú, minúsculo pedacito de carne, tú, atado de huesos, almárgo de recuerdos, hacecillo de sensaciones, paquetito de sentimientos? Y mi carne dolorida responde por la boca que mordieron el sol y la sal y las mujeres. [. . .] En todas sus formas estaba siempre ante mí el amor. (359-359)

He oído, he gustado, he olido, he tocado, he visto, he sufrido, he llorado, he copulado, he amado, he reído, he odiado y he vivido...! [. . .] - Sí, he vivido cuatro años a bordo de mí mismo... (360)

Regreso. No en vano el último capítulo lleva por título: «Viaje de regreso. Encuentro con la civilización. Balance». El personaje regresa a su antiguo mundo. Pero regresa siendo otro. Y encuentra otra ciudad, aunque sea la misma. El héroe debe regresar. Una vez ha vuelto a nacer, su tarea es volver transformado a enseñar lo que ha aprendido sobre la renovación de la vida, para que de estas enseñanzas la sociedad pueda renovarse también (Campbell 26). Ese muchacho bogotano que viajó a la Guajira en 1923, o dicho de otra manera, ese escritor bogotano de principios del siglo, ha regresado de un auténtico viaje iniciático. Vuelve a su mundo cotidiano y ahora quiere enseñar sobre la renovación de la vida. El resultado es esta obra, un bello texto titulado *Cuatro años a bordo de mí mismo*. En efecto, su libro rompe con las ataduras morales y el reduccionismo del pensamiento científico imperantes en la época; el libro abre puertas hacia mundos nuevos e inimaginables. Para entonces, resultaba polémico, blasfemo, anarquista. Sesenta años después se le reconoce su misión: la sociedad se está renovando. **BU**

Referencias

- ACEVEDO, Fabio. «Aurelio Arturo». Biografías. Biblioteca Virtual Luis Angel Arango. [Citado en 13-03-01]. Disponible en <http://www.banrep.gov.co/blaavirtual/letra-b/biogcircu/zalaedua.htm/>.
- CAMPBELL, Joseph. *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito*. 1949. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- DURAND, Gilbert. *Estructuras antropológicas del imaginario*. Madrid: Taurus, 1981.
- ELIADE, Mircea. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. 1951. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- _____. *Mito y realidad*. Barcelona: Labor, 1983.
- JARAMILLO, Eduardo. «Acerca de 4 años a bordo de mí mismo». En: *Cuatro Años a bordo de mí mismo*. Eduardo Zalamea Borda. Santafé de Bogotá: Seix Barral, 1997.
- MCKENNA, Terence. *El manjar de los dioses*. Barcelona: Paidós, 1993.
- MENDOZA, Mario. «Eduardo Zalamea Borda. Cátedra de autor». Maestría en Literatura. Pontificia Universidad Javeriana. Santafé de Bogotá. 16 de septiembre de 1998.
- METZNER, Ralph, ed. *Ayahuasca: Hallucinogens, Consciousness and the Spirit of Nature*. New York: Thunder's Mouth Press, 1999.
- ZALAMEA, Eduardo. *Cuatro años a bordo de mí mismo (Diario de los cinco sentidos)*. Santafé de Bogotá: Seix Barral, 1997.